



Martorell Linares, Miguel: *El expolio nazi*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2020. 508 pp.

El saqueo de obras de arte al amparo del Tercer Reich, antes y durante la Segunda Guerra Mundial, es un caso abierto. Todavía hoy es difícil, cuando no imposible, trazar el recorrido completo de un número ingente de cuadros que desaparecieron en Europa en algún momento de mediados del XX, manoseados por una confusa amalgama de jerarcas nazis, académicos extasiados, propietarios en fuga, marchantes privilegiados y nuevos coleccionistas. Sabemos que algunos de esos lienzos fueron destruidos a medida que las tropas alemanas los hallaron en su avance. Otros corrieron mejor suerte: los que se ajustaban más al gusto estético nazi fueron destinados al museo monumental que Adolf Hitler auspició en la localidad austriaca de Linz, o engrosaron las colecciones particulares de altos cargos del Reich; y una parte muy jugosa de los cuadros de vanguardia que no fueron depurados por *degenerados* regresó al mercado a precios muy por debajo de su valor real, gracias a maniobras tales como la devaluación previa de monedas locales que los nazis implantaron en zonas bajo su dominio. La falta de medios que padecieron los especialistas aliados a quienes se encomendó el rastreo del expolio, sumada al desinterés de varios Estados europeos por restituir la propiedad exacta de los cuadros anterior al saqueo, terminaron de complicar el asunto. Después, la huella se fue perdiendo. Por todo ello resulta encomiable, y oportuna, la voluntad de Miguel Martorell, autor de *El expolio nazi* (Galaxia Gutenberg), de arrojar alguna luz sobre esta parcela de la Historia contemporánea.

Se advierte, de entrada, que el libro no es una biografía al uso de Alois Miedl, el hombre de negocios que terminó convertido en marchante del mariscal Hermann Goering y a quien el autor elige como hilo conductor del relato. Y es cierto. Tampoco encontrará el lector una semblanza exhaustiva de su personaje antagonista, el teniente norteamericano y especialista en arte Theodore Rousseau, encargado de desvelar enigmas que no llegará a resolver del todo. La clave reside en el diálogo abierto entre las posiciones de ambos. De ahí emerge una tensión narrativa, manejada con oficio, que va mucho más allá del género biográfico. Más que una panorámica del mundo del arte en una Europa convertida en un teatro de sombras, *El expolio nazi* es un mosaico, donde cada pequeña pieza servirá para dotar de un sentido al conjunto. Bien secuenciado, el libro acierta en su retrato de los sucesivos escenarios de fondo (juegos de contrapoder en el seno de un Reich rampante, encumbramiento de una suerte de «ruralismo *kitsch*» que no excluyó la pasión de algunos dirigentes nazis por las vanguardias, despliegue de distintos métodos de apropiación de cuadros valiosos, destinos preferentes del mercado negro del arte), y lo hace poniendo el foco en una segunda línea que, sin dejar de ser espectacular, encarna bien lo que ocurrió en el periodo. De Goering para abajo, el libro va cobrando capacidad de evocación a medida que incorpora a la trama a actores colectivos que, habiendo estado en ella, no siempre han sido objeto de atención preferente, o siquiera lateral, por quienes han estudiado la Segunda Guerra Mundial desde su vertiente de «genocidio cultural». Ejemplos de ello son el universo de humanistas militarizados que intervinieron en el expolio desde posiciones académicas, en ambos bandos, o la conste-

lación de truhanes que pronto comprendieron que la guerra, y no otra cosa, era el gran negocio (hampones y falsarios, los clasifica el autor, dedicándoles sendos capítulos). Se antoja especialmente viva la descripción de los códigos (o tal vez la falta de éstos) que manejaron los integrantes de la *Carlingue*, la «delincuencia organizada al servicio de los nazis» en la Francia ocupada, un sujeto esencial para aproximarnos a las zonas de penumbra que aún hoy se extienden sobre la circulación de obras de arte en la Europa de mediados del XX, por encima de las certezas.

Decir esto nos lleva a abordar la cuestión de las fuentes. Es un hecho conocido, para quienes nos hemos aproximado al estudio de personajes en torno a la Segunda Guerra Mundial, que la documentación aliada, accesible en inglés y desclasificada de forma paulatina, debe ser bien calibrada. Lo que manejamos en ocasiones no pasa de ser, en palabras de Martorell, «comentarios de informantes a sueldo y deseosos de hacer méritos, que rellenaban sus minutas con las nuevas que les contaba alguno que había escuchado algo que le había dicho alguien». Son documentos útiles, siempre que no se exagere o distorsione su alcance. A partir de ellos se abre una tarea de cribado que solo puede acometerse cotejando fuentes de diversa procedencia, cosa que el autor de *El expolio nazi* hace de un modo ponderado y autoexigente: hay en el libro un solvente ejercicio de aprovechamiento de los principales archivos europeos y norteamericanos, apoyado por un uso de la bibliografía adecuado al fin que se persigue. Esto es, el de apuntalar un sólido punto de partida para nuevas investigaciones sobre el expolio de arte cometido por los nazis, y ello sin inconveniente para admitir, documentadamente, que por ahora contamos con menos luces que sombras. De aquí el final abierto del libro, ante una historia en ningún modo concluida (o concluyente).

Unas palabras finales las merecerá el cuidado que el autor pone en describir los espacios físicos que recorren sus personajes, lo que permite una aproximación más cabal a lo que hoy entendemos que fueron sus realidades. El lector paseará, así, por las calles céntricas de un Ámsterdam donde todo cambia rápido, recorrerá la magnífica quinta de recreo en la que Hermann Goering atesora su colección artística, recalará en una «San Sebastián que era lo que parecía (una elegante localidad provinciana)» y viajará al Madrid de posguerra que «no parecía lo que debía ser: la capital de un Estado moderno». No faltan en *El expolio nazi* una nueva mirada a la frontera entre Irún y Hendaya, por donde el contrabando circuló a espaldas, ni una reflexión sobre el verdadero alcance de lo que debe considerarse expolio, con independencia de que en el acto concreto de apropiación medie o no violencia física.

Sin pretensiones de escribir una obra definitiva, modulando mediante capítulos cortos la inevitable entrada y salida de un buen número de personajes en escena, Miguel Martorell logra capturar en su complejidad un proceso histórico en el que lo habitual fue «una combinación de pragmatismo e irracionalidad» muy propia de los tiempos. Lejos queda la tentación de enjuiciar el nazismo como simple consecuencia de un rapto de la razón. Estas son, en suma, las coordenadas en que se mueve el autor para construir un ensayo concebido desde una óptica que podríamos definir como Historia de las personas. ¿O es, más bien, una biografía del arte?

Enrique Faes Díaz
Universidad Complutense de Madrid
efaes@ucm.es